

## Sonidos globales, angustias colectivas

Nacho Álvarez Peralta

*“No hay necesidad de fuego, el infierno son los otros”.*

Jean Paúl Sartre



La visita a la instalación sonora *Sin título #223*<sup>2</sup>, diseñada por Francisco López –uno de los artistas sonoros españoles de mayor reconocimiento internacional–, no resulta indiferente. Esta instalación, para la que el Museo Reina Sofía ha habilitado un inusual corredor de su última planta forrado en metal, incorpora la experiencia del ruido como principal vehículo de transmisión artística. *Sin título #223* no pretende transcribir la realidad, no intenta condensar ningún tipo de secuencia sonora coherente. Únicamente proyecta sonidos urbanos, fabriles, duros, electrónicamente tratados, descontextualizados y distanciados de cualquier representación simbólica. Son sonidos que se limitan a ofrecer una determinada experiencia –quizá desagradable, quizá angustiosa– al oyente.

De hecho, la ausencia de una proyección sonora reconocible y “convencional” probablemente invite a numerosos visitantes a abandonar el espacio. Para muchos de ellos esta instalación no será más que la enésima muestra de la pútrida decadencia que atraviesa al arte postmoderno; expresión de su insolente soberbia, de su insultante falta de arbitraje con la realidad, con cualquier realidad. *Sin título #223* podría ser calificada como una muestra del arte que produce una sociedad enferma, que se fagocita, incapacitada ya para producir placer, cultura o felicidad. Es el arte autorreferencial, el arte que habla del arte, que no aporta ni una nueva ética ni una nueva estética, y que asume el fracaso de su compromiso encerrándose en sí mismo.

Y quizá sea cierto. Esta instalación es una propuesta que supera y altera la realidad, pero que no lo hace en la evocación, en la analogía o en el símbolo, sino en la evasión que proporciona la deconstrucción. La evasión gangrenada e insoportable que la sociedad del siglo XXI ha generalizado. Una mera farsa de la sensibilidad decadente desplegada por Baudelaire o Rimbaud, que ya ni si quiera alcanzaría a *sustituir la realidad por el sueño de la realidad*, porque, por no producir, no produce ni sueños.

Sin embargo, el carácter abierto de la obra de Francisco López, la ausencia de propuesta y la autonomía con la que se ofrece el material sónico, permiten reverberaciones personales muy diversas. Así, la deconstrucción del espectro sonoro que lleva a cabo *Sin título #223* alumbra, bien es cierto que sin la intención de hacerlo, la posibilidad de narrar. De narrar además lo inenarrable. Y todo ello a partir de sonidos situados en la periferia de la vida cotidiana e industrial. Sonidos quizá no evidentes, pero que están, que son posibles en cualquier latitud del planeta, aunque no los oigamos: la ciudad, la

energía, la fábrica, los golpes. Sonidos atravesados de capitalismo, que conceptualmente conectan con las vanguardias futuristas de principios del siglo XX, aunque no con su proyecto moderno.

La fuerza del metal y la contundencia de los chirridos, unidos a la potencia de los *drum&bass* empleados, sugieren aún sin pretenderlo una narrativa sonora bien propia de nuestro tiempo: fragmentada, dolorosa, inconexa, carente de identidad. Es en esa narrativa desgarrada en la que –durante algo más de ocho minutos– se emplaza al espectador a permanecer. Y es en esa narrativa en la que el oyente se intenta reconocer emocionalmente. A partir de ese momento, del momento en el que uno acepta el desafío de permanecer en la incomodidad, en la ausencia, el oyente descubre que –por desgracia– la narrativa sugerida no le es tan ajena.

Lo que no era más que caos sonoro y distorsión remasterizada pasa a ofrecer una vibración que –sin dejar de ser desgarrada ni confusa– atrapa. Además, esta vibración en la que nos vamos sumergiendo al permanecer en la instalación no sólo atrapa, sino que también sorprende: demuestra nuestra capacidad para sujetarnos a una multiplicidad de estímulos, para perseguir una coherencia en dicha multiplicidad y, en última instancia, para aferrarnos a ese pequeño orden recién creado.

Tras los ocho minutos, un estremecimiento nos tumba: el silencio final produce mucho más desagrado (¿o habría que decir miedo?) que la narrativa recién alumbrada, extremo éste que resulta desconcertante. La cadencia identificada en el desgarrado sonoro había producido una agradable y breve comodidad. Nuestra capacidad para aferrarnos a la experiencia del *displacer*, para encontrar sentido en su caos y seguridad en su desconcierto –quizá como última contención ante el *horror vacui*–, es sencillamente aterradora.

Comprobamos con ello que la voluntad por persistir apegados a esa cadencia fragmentada e incómoda que nos ofrece la instalación no hace sino traducir al terreno emocional la impertinente necesidad de identidad, de pertenencia y de abrigo que todos tenemos. Una búsqueda ésta que se desarrolla incluso en las condiciones más adversas, y que evidencia que identidad y pertenencia resultan impertinentes precisamente por lo necesarias que son: contribuyen a dar consistencia a lo que de humano queda en nosotros.

*Sin título #223* nos sitúa frente a esta búsqueda, pero a modo de espejo deformado, garantizando con ello el fracaso de la aventura. Así, en este difícil mundo que nos ha tocado vivir, atravesado por sonidos rotos y truncados, por narrativas vitales esquivas y en constante fuga, la corrosión identitaria nos avoca al precipicio de la soledad.

Finalmente hay que abandonar la instalación. Esta es una parte más de la experiencia asociada a la obra de Francisco López. Cuando lo hacemos, comprobamos que la no-pertenencia tiene en la mirada del otro –esa que afortunadamente uno encuentra al distanciarse del corredor de metal– su única salvación posible. Salir de la narración inconexa que ofrece la instalación sonora, de su experiencia postmoderna y de su apuesta post-identitaria nos devuelve a la presencia compartida con los demás, es decir a la grandeza de nuestra tediosa vocación por pertenecer. Porque Sartre no tenía razón; el infierno no está en los otros, sino en nosotros mismos, en el perímetro que define nuestro aislamiento. Ese perímetro que tan solventemente reconstruye la instalación de Francisco López, y que se desvanece ante el único paraíso posible: la mirada del otro como intervalo de reconocimiento colectivo en un mundo colapsado de sonidos urbanos, fabriles, inconexos y rotos.

---

<sup>2</sup> La instalación podrá visitarse en la cuarta planta del Edificio Nouvel del Museo Reina Sofía hasta el 29 de marzo de 2010. <http://www.museoreinasofia.es/exposiciones/2009/francisco-lopez.html>